

FR. GERUNDIO.

Si quis inconsideratus dixerit Fray Gerundio esse possibile, aliquatenus possibile, omnibus et infinitis epistolis quæ ex provinciis ei diriguntur contestare, sicut cuperet, anathema sit.

Si algun inconsiderado dijere que no le es imposible de toda imposibilidad á Fr. Gerundio en medio de sus infinitas atenciones gerundianas, contestar, como lo desearia, á las infinitas cartas con que amigos, y conocidos, y desconocidos de las provincias le favorecen, dígole para su gobierno que no está en gracia de Dios.

CONC. 4. GERUND.

INGENIEROS É INGENIOSOS.

Tienen razon los ministros: el hombre debe de ser para todo, diga lo que quiera *Mr. Despréaux*. Ahí nos andan citando á cada paso el

ejemplo de aquel médico Florentino (fuese Claudio Perraut á quien el Sr. Despréaux quiso aludir, ó fuese quien quisiera, que eso á un Fr. Gerundio ni le va ni le viene), que siendo médico lo hacia tan malditamente que mas bien se le podia llamar asesino que médico; y dejando despues el arte de Esculapio, y tomando la regla y la escuadra, de discipulo infame de Galeno llegó á hacerse un arquitecto de fama y celebridad. De cuyo ejemplo quieren deducir cuatro autorcillos de mala muerte que no todos son para todo, apoyándose tambien en el *non omnia possumus omnes* de Ovidio; y que tal hay que no serviria para magistrado y en la música podria ser un Bellini ó un Donizetti; tal que no sabrá hacer una coarteta, y haria un buen director de la junta de Aduanas y Aranceles, tanto que pudiera haber ahorrado al Sr. Pita el decreto del é incorporando á ella la friolera de otros veinte individuos mas. Con lo cual quieren probar que los talentos son respectivos; que cada uno debe entender en aquello á que se dedica, y que debe dedicarse á aquello á que su inclinacion natural le llama. Bobadas: doctrina de Jesuitas. Los ministros y Fr. Gerundio pensamos de otro modo: el hombre que tiene ingenio para una cosa debe tenerle para todas; es decir, el hombre *ingenioso* debe ser por fuerza buen *ingeniero*; y el buen *ingeniero* tiene que ser hombre *ingenioso* para todo.

Guiado el gobierno por este principio, llamó el otro día á los ingenieros de mas nota de la corte, y les dijo que era menester que trazasen un plan de fortificacion para la capital; tal cual esta es susceptible de ser fortificada. Corrientes híciéronle los ingenieros, presentáronle y fue aprobado, con su presupuesto de gastos ó avance de coste, y demas requisitos y circunstancias. Con esto creyeron los pobres diablos haber llenado su deber y cumplido con su mision. Pero el gobierno no pensó así, y tubo razon, porque dijo: «ingeniero debe venir de ingenio; de consiguiente si estos hombres son buenos ingenieros deben ser tambien buenos ingeniosos; dehea tener mucha ingeniatura, y lo que aqui necesitamos es ingeniatura.» Y llamóles otro dia y les dijo: «ahora es preciso que nos digan vds. de dónde ha de salir el dinero para los gastos de este plan de fortificacion: esperamos que vds. con su ingeniatura nos proporcionarán los recursos necesarios.» En vano se esforzaron los ingenieros para demostrar que aquello era enteramente ageno de su profesion, porque ni sobre las arcas del tesoro se levantan planos, ni de la bolsa del prójimo sabian ellos hacer un croquis. «No hay remedio, dijo el gobierno; es menester que vds. nos den dinero para llevar á cabo la obra que nos han trazado, porque nos gusta.—Pero, señor...—Vamos, vamos; el hombre ingenioso tiene ingenio para todo.—Pero señores, si nosotros no somos

ingeniosos, sino ingenieros.—Vamos, vamos; es preciso que su ingenio de vds. nos saque adelante: el que tiene ingenio para una cosa le tiene para otra, y vds. deben ser muy ingeniosos.

No hubo remedio: no les fue posible á los profesores arrancar otra respuesta; y cuando Fray Gerundio lo supo, estaban ocupados estos en dar una contestacion formal por escrito, á ver si los dejaban en paz.

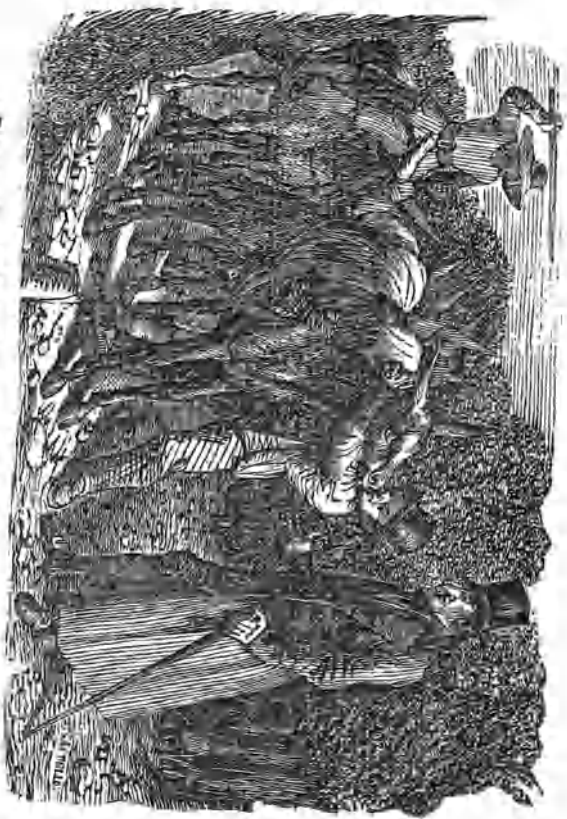
De aqui querrán inferir algunos que el sillón ministerial trastorna los cerebros; pero yo digo que no los tenían muy trastornados en cuanto no se les puso en la cabeza que cada ingeniero debía tener un ingenio de azucar dentro del craneo.



Tirabeque y su *Moino*.



*¿ Con que te vuelvo á ver, *Moino* de mis entrañas, compañero mío de viaje, en quien yo vine á esta corte; unas veces á horcajitas y otras á mugeriegas segun el cuerpo me lo pedia, sia que tu me interpeláras una sola vez ni de palabra ni



«¿Con que te vuelvo á ver, Mocho de mis entrañas?»

Fr. Ger. cap. 107. pág. 42.



por escrito por mis impertinencias? (1) ¿Con que te vuelvo á ver, *Moño* de mis ojos, camarada y concólega y concindadano mio, como llaman ahora? ¿Tú por aqui otra vez despues de siete meses que no nos vemos? Bendita sea la madre que te parió, *Moño* mio; buena fortuna tubiste haber nacido pollino, que si hubieras sido mula ó mulo ó caballo, hubieras andado en lenguas estos dias por las Córtes, y despues acaso irias á tirar de un cañon de á veinte y cuatro, y te llevarian á Navarra, y sobre si hemos de ser libres ó no hemos de ser libres, vendria una bala, y te echaria al otro mundo sin darte lugar á decir Jesus. Y si fueras persona humana, tampoco librarias mejor, porque por la edad ya entrarias en quinta; y acaso te llevarian por soldado, y sabe Dios cuando te quitarian la albarda para darte el uniforme. Mas cuenta te tiene ser caballería menor, y creete, *Moinico* mio, que aqui en España los que mejor librais sois los de tu especie. Vaya, vaya: el bueno del *Moño*! vendrás cansado.»

Es el caso que habiamos salido Tirabeque y mi Rma. persona por la parte de S. Vicente á dar un paseo, cuando dió la casualidad que encontramos de frente á un maragato con su recua, delante de la cual se dejaba ver el primero el polli-

(1) Capillada : de Madrid.



nejo en que había venido Tirabeque, que no es nuevo en España que los que menos andan sean los que vayan delante haciendo puata: el cual así que reconoció á su compañero de viaje se adelantó á él, y agarrado del pescuezo le dirigió lleno de entusiasmo el precedente razonamiento. En seguida le hizo una caricia, le limpió el sudor con un pedazo de capilla vieja que llevaba en el bolsillo, y cuando le iba á dar otro abrazo, y al tiempo de decirle *vendrás cansado*, el pobre animalito como si tuviera uso de razon, no le dió otra respuesta mas que echarse con la carga.—Señor, me dijo entonces Tirabeque, esta bestia es el pueblo; así Dios me salve.—El bestia eres tú, majagrazas. ¿Con que lo que era tu *Molino* ahora es el pueblo?—Señor, lo que yo quiero decir no es que sea el pueblo así como suena, sino el cimbalito del pueblo.—El símbolo en ese caso, necio y simple que tú eres. Y adviértote que esa comparación, sobre ser inexacta, es ofensiva además; porque has de saber, hermano Pelegrin, que hoy el pueblo español conoce sus intereses mejor que los que le dirigen y gobiernan; y así verás que ni se paga de promesas, ni se fia de buenas palabras, ni aparece partidos ni colores, ni estima mas que lo real y positivo.—No iba yo por ese lado, Señor, sino que decía que este pobre *Molino* era el símbolo del pueblo en eso de echarse con la carga, porque no puede con ella.—Pues no sé por qué, dijo el arriero, porque no trae mas

que el seis por ciento de las cargas.—Y esto que trae á este otro lado, le replicó Tirabeque, ¿qué significa?—Eso no es mas que el diezmo de los encargos de este viaje.—¿Y este saco de encima?—Eso es una carga extraordinaria que me salió en la última jornada; ya la habia de haber traído el otro viaje. Pero todo ello no vale nada.—Hombre, vd. es un Pita Pizarro, le dijo Tirabeque: todo le parece á vd. poco.—Yo no soy mas que un arriero honrado, le contestó el otro. Y comenzó á sacudir varapalos en el jumento tan sin duelo y compasion como acostumbra los de esta profesion y egercicio.—Hombre, le dijo Pelegrin; vd. se ha convertido en un baron de Mer.—¿Qué mier, ni qué miero, ni que...? (1)—Y así volvió á sacudirle como si el pobre pollino estuviera en estado de sitio arrieril.

Yo compadecido del mal tratamiento del infeliz animal, me revestí de mi gravedad gerundiana y le prescribí al arriero que lo ayudara de otro modo á levantarse. Hizolo, si bien con cierta demostracion de repugnancia, hasta que el animalito pudo levantar las dos manos: en cuya estado dijo que de ningun modo trabajaria mas en su alivio sino echando mano otra vez del varapalo.—Hombre, le dijo Tirabeque; vd. es un Clouard: vd. no sabe levantar el sitio mas que á medias. Señor,

(1) Y lanzó una interjeccion que me dejó temblando.

me dijo á mi despues; ¿por qué no manda vd. á este hombre que acabe de levantar el *Moíno*?—¿No ves el génio que tiene? le respondí. No me atrevo, porque si le apuro, puede que levante el palo contra mi mismo y me sacuda.—Señor, me dijo; vd. es el mismo gobierno en figura de Fe. Gerundio segun el miedo que tiene. ¿Vd. no ve que cualquiera que lo vea, dirá que tan bueno es vd. como el arriero? No; vd. decia que el gobierno era gobierno de medias horas, pero vd. tambien se contenta con hacer las cosas á medias.

Y quitando uno de los sacos y arrimando el hombro con resolucion levantó su *Moíno* con la presteza y soltura del mundo, echando este á andar (no el mundo, sino el pollino) por su camino recto sin meterse con nadie.—¿Lo vé vd. señor? Así se hacen las cosas á derecho, y no á medias como el arriero y vd., el uno porque no sabe mas que dar palos y el otro por medroso y cecogido.

Incorporados veníamos los tres, mas por la afición de Tirabeque á su compañero de viaje que al maragato su dueño, y dijole aquel á este: muchas cargas trae vd., hermano.—No traigo tantas como debia, le respondió; para traerlas todas necesitaba otros tantos mulos.—Hombre, vd. es un Alaix.—Yo ¿por qué?—Porque Alaix ha pedido 420 á las Cortes, y por lo visto vd. necesitaba otros tantos. Pero amigo, en vez de aumentarle á vd. la recua, ya puede vd. ir viendo si alguno

de los que tiene está útil para la guerra, que no será extraño que le toque la china.—Pero ¿vd. no dice que ya se los han dado las Córtes?—Hombre, vd. no entiende una jota de política. El gobierno pide, y las Córtes dan, entiende vd.? Pero las Córtes no dan, comprende vd.? Que quien dá despues es el que tenga un mulo como verbigracia vd. ó una mula.—Qué: ¿tambien piden mulas?—Hombre, vd. parece bobo: despues que dieron las Córtes los 40,000 hombres, y los 6,000 caballos, y los 600 millones, y los 240 mulos al gobierno, ahora le darán tambien 1,003 mulas que dice que le hacen falta para la artillería. (1) Pues bobo, ¿por qué decía yo al Moíno aquello de que si fuera mulo ó mula ó caballo hubiera andado en lenguas estos dias por las Córtes?—Y diga vd., señor Tirabeque: ya que vd. indica ser muy agudo en esto de la política del dia.....—Si señor, entiendo alguna cosa, y eso que no es mas que de afición.—¿No me dirá vd. para qué es el pico?—Hombre, vd. es muy bruto; ¿para qué ha de ser el pico mas que para hablar?—El bruto es vd., señor Tirabeque; yo hablo del pico de las mulas.—Hombre, vd. tiene gana de sofocarme: ¿las mulas tienen pico? ¿Le tienen sus mulos de vd.?—Le tienen las de ese señor que vd. llama Alaix.—Repito que es

(1) Una proposición del duque de Gor dió al traste con todos los mulos y mulas.

vd. muy bruto, hombre.—Mas bruto es vd. ¿Pues no dice vd. que ha perdido mil y tres mulas? Ese pico de las tres, su porqué tendrá.—Pero hombre, si vd. no se explicaba, ¿cómo le habia de entender? De ese pico no dicen nada los libros míos de política. Ese pico no deberá tener mas porqué sino que en España es costumbre pedir siempre un pico; y así verá vd. que siempre se pide una contribucion por ejemplo de cien millones ochocientos mil novecientos noventa y cuatro reales y *siete mrs.*

Pues mire vd., por últimamente, y escusamos de mas pláticas; de buena gana daría yo arriero mi dinero, y mis hijos, y hasta mis mulos, que son como el otro que dijo las niñas de mis ojos, á trueque del aquel que los empleáran bien y se acabara esta guerra entestina, que es peor que la guerra de la penencia; pero cuando uno ve que todo se malgasta y se maltróta, y que no hay conducta en el gobierno, le lleva á uno satañicas.

En esta conversacion llegamos á la posada del arriero, en donde Tirabeque tuvo que despedirse de su *Moino*, y entre otras ternezas que le dirigió le dijo: quiera Dios que no llegue á ti la requisicion, *Moino* de mis cinco potencias, compañera de mis tres sentidos, que si el palo no se quiebra, no será extraño que se ande todo. De poco te sirve, hijo mio, haber mudado de amo si te cargan tanto que tienes que echarte. Quiera Dios que no

me hagas falta alla al rededor de S. Juan para emplear las espuelas que tomé en la feria. Y lanzándole una mirada de cariño se despidió de su amigo y compañero con las lágrimas en los ojos.

Los Alános.

Estos alános de que habla mi Paternidad gerundiana ahora, no crean vds. que son aquellos Alános que en confluencia con los Suevos, Huanos, Vándalos y Godos se nos metieron de rondón por la patria de Fr. Gerundio adelante, como Pedro por su casa, allá á principios del siglo quinto. Ni son tampoco aquellos perros mestizos de dogo y mastina, de hocico romo, oreja caída, cabeza grande, cola larga, pelo corto y corpulencia de padre abad; que si en la comunidad perruna hubiera abades ó padres maestros diríamos que lo eran los alános. Los alános de que hablo yo Fray Gerundio en esta presente ocasion son unos 20 ó 30 oficiales de los que van á salir un dia de estos con el convoy que va para el ejército, á incorporarse á sus cuerpos respectivos. Y llámolos alános, porque á la manera que se colaron por España los satélites que mandaban Alarico, Torismundo y Ataulfo, y otros lapidarios como ellos, así se

colaron por las puertas del ministerio de la guerra los buenos de mis oficiales la noche del 5; y al modo que los otros aláinos se tiran á la presa, así se tiraron ellos al Sr. Alaix, tan luego como le vieron entrar, pidiéndole la paga de marcha. Y así como en el circo táurico, cuando se ve un toro receloso y retraído que no entra á la vara, suele el público empezar á vocear: *perros, perros, perros*; así parece que habian voceado al entrar el Sr. Alaix; *pagas, pagas, pagas*.

Como para mí (Fr. Gerundio) todos los ministerios son iguales, me suelo ir por las noches en busca de materia para mis capilladas ya á uno ya á otro alternativamente. Aquella noche me tocó ir al de la guerra, y por esa casualidad vi lo que pasaba. ¡Qué risa! El uno le pisaba los talones, el otro le tropezaba el codo, el otro la falda de la casaca, el otro le interceptaba el paso, el otro le rozaba hácia donde tiene las últimas heridas, y todos los aláinos á un tiempo le ladraban á ambos oídos pidiéndole la paga de marcha.—Él á todo y á todos contestaba: «no hay paga, no se puede dar un cuarto.»—Siquiera media.—Ni un cuartieron, no hay.—¿Pues cómo hemos de marchar?—Pues quedarse.—¿Pues no se nos manda reunirnos á nuestros cuerpos?—Pues reunirse.—Pues venga la paga.—No hay paga.—*Pagas, pagas, pagas*.—Portero, cierre vd. esa puerta.

Y cerró el portero la mampára, y colóse el Sr. Alaix sin dar otra respuesta. Pero fue el caso

que tan de cerca quiso seguirle uno de los capitanes, que le cogió la mampara medio cuerpo dentro y medio fuera: de modo que por el lado de afuera era subteniente, porque no se le veía mas que la charretera izquierda, por el de dentro era teniente, y considerado interior y exteriormente era capitán: aquel hombre era el misterio de la Trinidad militar estrujado por una puerta. El caso es que ni podía salir, porque cargados sobre él y sobre la puerta los demás alócos, cada vez les apretaban mas á ella y á él. Al fin quiso Dios que aquello alojára algo, y el hombre-trino salió trinando y renegando, magullado el cuerpo, con un siete en la casaca que le hizo el picaporte, y sin paga de marcha. Pues señor, dijo por último, desde aquí á Fr. Gerundio me voy.—*Todos.* «A Fr. Gerundio, á Fr. Gerundio.» Y cuando ellos meditaban acudir á Fr. Gerundio, ya Fr. Gerundio estaba meditando el modo de arreglar esta capillada.

El Asistente

(Y NO DE SEVILLA.)

Quien asistió al brillante concierto que en el magnífico salon del palacio de los duques de Villahermosa dimos la noche del 5 los socios del

Licéo (este *dímelo* que aquí pone Fr. Gerundio debe llevar intencion de que sepan en las provincias que su Pateridad tiene la honra de pertenecer al Licéo; porque no sea yo con qué otro objeto pueda explicarse así: lo cual, con perdon sea dicho de su Reverencia, huéleme un si es no es á vanidad); quien vió aquella lucidísima concurrencia (que bien costaría de *mil y tres* personas) en que se dejaban ver los literatos y artistas mas célebres, amen de su correspondiente dosis de alta aristocracia, quien vió á S. M. la siempre amable Cristina acompañada de sus siempre gerundiabiles ministros; quien vió aquellos grandes espejos, aquellos hermosos pabellones, aquellos 18 arañas, aquellos 24 candelabros, aquellas seis columnas, y aquel artesonado, y aquellos brillantes de las damas, y aquellas espigas de oro, y todas aquellas cosas: quien oyó aquellas sinfonías de Ducassi y de Basili; quien oyó á los señores Castellanos, Unanue, Salas, Elipe, Calvet, Reguer y Moya; quien escuchó los dulces acentos de las señoritas de Cabrero, Moreno, Rojas, Lopez, Vega, Montenegro y Azeona en las arias, coros y rondós de *Francesca di Rimini*, de *Lucrecia*, de *Belisario*, de *Bianca di Messina* y de *Anna Bolena*; quien vió y oyó toda esto la noche del 3 y vió y oyó la del 5, víspera de Reyes, los ceuceros que colgados al cuello y con una escalera al hombro llevaban por las calles los inocentes y pazguatos que salian á

esperar los reyes á las puertas de Alcalá, Toledo y Atocha... aseguro mi alma á Dios que no se podría persuadir á que estaba en el mismo Madrid, sino que creería haber sido trasportado por encanto en día y medio á Guapazas ó pueblos adyacentes.

Ni yo mismo, Gerundio como soy, podía imaginar que en este teatro de malicias, ó en este *infierno de intrigas*, por valirme de la espression del Sr. Seoano, se encontrasen gentes tan inocentes y sencillas, que aun cayeran en el garlito de ir á esperar los Reyes Magos con la esperanza de volver á casa con los bolsillos atestados de monedas de las que SS. MM. vienen repartiendo y derramando. Esto prueba lo que es Madrid y lo que somos los españoles. Muchos de estos hermanos andaban y cruzaban por estas calles de Dios exolados y con una cuarta de lengua afuera corriendo de una á otra puerta, por la incertidumbre de la direccion que tracian los reyes, y concentrándose por último en la plazuela de Palacio, á donde de seguro les decian sus maliciosos directores que habrian por fuerza de venir á parar.

Pero entre todos el que mas llamó mi atencion gerundiana fue el asistente de un brigadier que las leyes de la historia no me obligan á nombrar; soldado biñoso, y creo recién venido de su pueblo, porque otra rosa tampoco podía ser. Talla de granadero, buena estampa y hasta de

gracioso semblante: pero la verdad, yo no creía tal sencillez en persona de su edad, y que hubiese visto una vez siquiera la ex-Mariblanca de la puerta del Sol. Cuando mi Paternidad llegó á la casa á que pertenece, le encontró vestido de general, con su sombrero de tres vientos, su casaca de Carlos III, guarnecida de papel que figuraba los entorchados, su gran corbatio, la cabeza de un gran clavo romano por placa, y así los demas adinículos. Como se veia de aquella manera vestido, paseábase con mucha gravedad y prosopopeya por delante de su amo y demas señores, sin quitarse el sombrero, ni hacer otra demostracion de reverencia y respeto: tal es la influencia de un vestido en un hombre simple: yo creo que aquel hombre, si le hubiesen ofrecido un ministerio en aquel entonces, le aceptaba sin vacilar. Ausiando estaba el momento de salir á esperar los reyes, sin que le asomase á su imaginacion (si imaginacion tenia) la mas ligera duda ó sospecha de que aquello no fuese una verdad. Si este hombre hubiera sido el conductor del discurso de Luis Felipe á Bruselas, tambien hubiera caido abrumado con el peso como las palomas de Valenciennes. Del candor de este hombre á la suspicacia del Sr. Sancho va tanta distancia como de la inocencia de la tierna Isabel á la trascendental imaginativa de la Princesa de Beira; y entre él y un baratero del regimiento cazadores de Luchana hay tanta conexion como

entre los mandamientos de la Santa madre iglesia y los siete pecados capitales. Seis ministros de la buena fe del asistente, y de la sangre viva del Sr. Lopez, puede que nos fueran sacando adelante. ¿Qué sabrá este pobre militar de las trapisonadas de moderados ni exaltados, ni de las rivalidades de Espartero, y de Narvaez, ni de los misterios de la noche de 28 de octubre? Sin embargo, si se hubiera roto el fuego aquella noche, él quizá hubiera perecido, y Habert y Narvaez, y todos los del enredo hubieran quedado bien; así la inocencia es constantemente víctima de la intriga.

Salió pues el bueno del asistente á esperar sus reyes magos, y aunque anduvo algunas horas y SS. MM. no venían, no por eso perdía las esperanzas de encontrarlos, y los maliciosos que le conducian cuidaban de irselas manteniendo con diferentes pretextos. Estos eran el gabinete Oñalía, y aquel representaba la mayoría de nuestro congreso, siempre esperando la cooperacion, y siempre alucinados con ilusiones y pretextos, sin acabar de desengañarse de que el resultado era andar vagando sin encontrar nunca los cooperadores, y por último quedar tiritando del frio y de la niebla como el recluta de la noche del sábado. Item mas, sin un cuarto en los bolsillos despues de tanto diaero como le hicieron creer le tocaría en la reparticion que vendrían haciendo los reyes; que los auxilios pecuniarios de

los franceses así han venido á ser como el dinero de los magos.

Todavía no se desengañó el pobre hombre, y cuando volvió á casa decia con mucha sinceridad «que no era extraño el que no hubiesen venido porque habia estado el dia muy malo, y que así que levantára la niebla no dejarían de venir.» Este hombre no parece sino que tradujo á su lenguaje las espresiones de los que decian que así que levantára la niebla del partido exaltado que oscurecia el gabinete, no podria menos de venir la cooperacion. Ya habia pasado el dia de Reyes, y todavía entonces decia que nunca habia estado mas próxima la venida; á esto ya no pude menos de decir, yo Fr. Gerundio; «Señores, esto ya pasa de simplicidad ó de refinamiento de malicia; este hombre es el Toreno de los asistentes, y los bobos y los simples seremos nosotros, si continuamos un minuto mas tan embaucados con él como él parece estarlo con sus Magos.» Y despojósele del uniforme y honores de general, como se debia hacer con los que han querido embaucar al pobre pueblo español, reduciéndoseles, si posible fuera, á la clase de asistentes.
